

GESTIÓN DEL RIESGO ¿PARA QUÉ?: MÉXICO, GUATEMALA Y EL SALVADOR DIXIT

Los recientes temporales (ni siquiera huracanes) que desde hace más de 300 horas azotan el sureste de México, Guatemala y El Salvador, por enésima vez han puesto al descubierto la fragilidad y elevadas condiciones de riesgo en las que viven millones de personas. Más de 2.5 millones de afectados, alrededor de 200 mil viviendas destruidas o dañadas, un número imposible de determinar de desaparecidos y daños incalculables en cultivos y vías de comunicación (incluido el corte en varios tramos de la carretera Panamericana que comunica los tres países y que forma parte del “Corredor Logístico Centroamericano” del PPP), son algunas de las cifras preliminares tan sólo en el estado de Chiapas. Pero la corriente de los ríos desbordados, no sólo ha arrasado con casas, árboles, postes de energía eléctrica, puentes, carreteras, etc. El agua también ha corrido el maquillaje barato con que los programas de desarrollo social y la retórica reducción de la pobreza que se ha logrado en estos tres países con la magia de la contabilidad: incremento en el ingreso per cápita, avances en el Índice de Desarrollo Humano o reducción del número de personas que viven con 1 dólar al día, (todo gracias a las remesas provenientes del extranjero; es decir, gracias al parasitismo de los países y no a un esfuerzo productivo y mejoramiento en las condiciones de empleo y salarios) ha tratado de ocultar la miseria lastimosa e indignante en la que sobreviven estas (y otras) poblaciones día con día, y aún cuando no llueva.

Las escenas que se transmiten por televisión resultan impactantes al ver la fuerza de las corrientes sin control, llevándose todo lo que en algún momento se creyó que estaba firmemente sujeto al piso. Pero lo que sobresale, para el observador agudo, no es lo que lleva el río, sino lo que ha estado ahí por generaciones y que ni siquiera el río en su desbandada se ha querido llevar: casas de lámina de cartón o con paredes de plástico, colchones viejos y sucios, muebles de tercera, quinta o “n” mano, ropa roída y zapatos viejos por el lado material; y por el lado humano: niños sucios y desnutridos, ancianos enfermos, y hombres y mujeres prematuramente envejecidos por la pobreza y que, sin embargo, no se doblegan porque no confían en que alguien vaya a ayudarlos, y menos aún cuando las cámaras de televisión y la prensa se hayan retirado.

Los medios de comunicación, autoridades y especialistas en la materia (que por cierto cada vez son más, al menos aquellos que dicen serlo en sus tarjetas de presentación), coinciden en que la prioridad es poner a buen resguardo a la población en peligro y evitar muertes, hecho que es indiscutible; pero también coinciden en que una vez pasada la emergencia, se deben buscar mecanismos para reducir la vulnerabilidad de las poblaciones en alto riesgo y evitar que año con año la gente pierda sus pocas pertenencias. En México a esto se le denomina “prevención de desastres”. En Centroamérica y otras regiones, donde el discurso se ha modernizado y el debate ha sido constante, se le llama “gestión del riesgo”.

Pero, ¿de qué estamos hablando? El tema no es nuevo y sabemos que desde hace muchas décadas (y particularmente durante las dos últimas), en América Latina y el mundo entero se han creado instituciones, se han reorganizado algunas existentes, se han formado profesionales especializados, se han expedido leyes, y se han invertido miles de millones de dólares en procesos de reconstrucción y en la buena intención de evitar desastres o al menos de reducir su número. Sin embargo, no existe evidencia empírica (ni siquiera en estadísticas engañosas con un mínimo nivel de credibilidad) que permita suponer que en alguno de los dos frentes se haya tenido éxito. Por el contrario, la evidencia muestra cada vez con mayor frecuencia la ejecución de procesos de reconstrucción en condiciones similares e incluso peores a las que existían previas al desastre; y, por otro lado, los registros de instrumentos como el DesInventar consignan que el número de desastres aumenta rápidamente en lugar de

disminuir. Es decir, numerosos esfuerzos y recursos se han perdido en reconstruir y reproducir las condiciones de pobreza de las poblaciones afectadas, cuando no se han centrado en tratar de proteger casuchas endeblés y colchones viejos. La intención original de mejorar las condiciones de vida de la población -mediante la transformación de la pobreza en desarrollo "sostenible"-, para así reducir el riesgo y, por tanto, la probabilidad de daños, se ha perdido de vista por completo.

Es evidente que algo no anda bien. No ha sido suficiente enunciar el tema del *no-desarrollo* como factor de incremento o construcción del riesgo. Peor aún, en la práctica la noción de "desarrollo" se ha reducido a acciones de alerta, atención de emergencias, búsqueda y rescate, y reconstrucción. Pareciera que el impulso que imprimió la noción de *gestión del riesgo* al debate y a la intención de modificar las prácticas, se ha agotado. El concepto se ha topado con sus propios límites y como es natural la realidad ha rebasado los postulados teóricos. El círculo se cerró y hoy estamos frente a un aparente retorno de las visiones más conservadoras por parte de quienes toman las decisiones, en las que predomina el conocimiento sobre amenazas y el fortalecimiento de los preparativos y respuesta, aún cuando las diferentes acciones o proyectos se continúen signando como *gestión del riesgo*. Esto no es poca cosa. Significa un retroceso de por lo menos dos décadas en el tratamiento del tema que será difícil remontar si no surgen formas de contención en el desarrollo de nuevas ideas y herramientas para la práctica. Tal vez sea momento de dar un salto en la interpretación del fenómeno y de su causalidad. Tal vez inconscientemente se ha eludido el debate sobre las causas de fondo y se han privilegiado las de la forma.

En México y Centroamérica la pesadilla no ha terminado porque no ha parado de llover, mientras que en el cielo ya se perfilan nuevas ondas tropicales (ya vamos en la 40 de este año) y el inicio de los frentes fríos que podrían empeorar las cosas. Sí, en efecto, las condiciones climáticas no ayudan. Pero tal vez la persistente lluvia y las grandes riadas intentan recordarnos que tenemos una tarea pendiente: abordar con seriedad y rigor el tema del tan mentado **desarrollo**.

Elizabeth Mansilla
Octubre 7, 2005